

para cuyo deseo ausentábase demasiado pronto Santiaguillo.

—A vestirse de fiesta.

—¿Para qué?

—Para pedirle permiso al señor.

—¿Permiso?

—Sí, Catalina, permiso,—dijo Santiago.

—Pues yo creí que sólo necesitábamos de mi padre, del escribano y del vicario.

—Pues no, todavía necesitamos de más gente.

—¿De qué gente más?

—Necesitamos del permiso de nuestro señor.

—Y no el que está, Catalina, en los cielos, sino el que está en el palacio,—murmuró Santiaguillo.

—Pues sea cual fuere el poder á quien debemos apelar, ¡oh! roguemos al cielo que seas tú, Santiago, tan buen marido como fué mi padre, y sea yo tan buena mujer como fué mi madre.

—Vamos, dejaos de historias, y á vestirse y volver pronto,—dijo Elías con imperio. Y á este imperioso mandato, Santiaguillo, después de haber exhalado tristemente de su pecho un profundo suspiro, lanzóse á carrera tendida en busca de su posada.

CAPÍTULO VIII.

LOS SEÑORES Y LOS SIERVOS.

—Mientras el corazón de Santiaguillo arde todo entero en grandes impaciencias, arde á su vez todo entero en fiestas el palacio de Heffelstein, decia Melchor á varios sonadores que le acompañaban por los anchos patios de la feudal vivienda, después de haber tocado largo espacio armoniosa música.

—¿Y cómo te puedes explicar este continuo bureo y esta constante algazara?—preguntaba uno de sus compañeros á Melchor, á quien todos respetaban, primeramente por ser el músico más diestro de la orquesta, y después por ser quien más experiencia mostraba del mundo y sus misterios, de la vida y sus secretos.

—Yo te diré, compañero, yo te diré. La

condesa ve triste al conde, y como le ama tanto, quiere á toda costa distraerle.

—Cuéntame; y ¿por qué todo un conde y señor de comarca tan rica, de vasallos tan fieles y numerosos, estará triste?

—Averígüelo Vargas.

—¿Tú no quieres saberlo?

—No. Prefiero meterme dentro de la jaula de todos esos leones del desierto, que dentro del corazón de todos estos omnipotentes del mundo.

Y mientras así departian los músicos, llegaban los monteros á dar de comer á las fieras en sus espeluncas. Eran estas jaulas una especie de circulares pozos, muy profundos, revestidos de piedras muy lisas para que no se pudiesen con facilidad subir á la boca, y tapada y cubierta por espesísimos enverjados de alambres y de hierros. Al llegar los que debían alimentarlos, el lobo aullaba como si estuviera en el monte, rugía con terribles rugidos el león, y maullaba el tigre, armando sus estridentes voces un coro tal que asustaba con susto involuntario é indeliberado á todos cuantos oían aquellas terribles discordancias, mucho más después de haber oido los acordes angélicos y suaves de la bien apercibida y preparada orquesta.

Y mientras comían las alimañas, el bufón mayor de la condal casa y familia iba de aquí para allá, mostrando su deforme joroba y diciendo gracias más deformes y más jorobadas y más infelices todavía que su desdichadísima persona. Unas botas doradas y ceñidas con cascabeles numerosos le calzaban los irregulares piés, y le cubrían las débiles piernas hasta las desvencijadas rodillas; calzones de tres ó cuatro matices varios, sobre los cuales caía una ropilla no menos abigarrada, le vestía. Cubriale una especie de gorro frigio rematado por una campanilla de oro, y ocupaba las manos, como los sacerdotes antiguos, con dos tirsos concluidos por sendas cabecillas de sátiros. No puede comprenderse cómo el gusto llega en tales términos á depravarse que propenda de suyo á estas deformidades terribles de la vida, y lejos de remediarlas y corregirlas, aún las cultive como un arte y las tenga por un esparcimiento. El bufón, rebajado, zaherido, puesto en ridículo á cada instante por sus señores, no podía tener la serenidad y la salud necesarias en el ingenio para decir esas gracias que provocan á una risa verdaderamente sana y aguzan el entendimiento y esparcen el ánimo. Sus dicharachos

pasaron á la lengua vulgar con el nombre característico de bufonadas, porque unas veces eran groseros insultos, y otras veces groseras indecencias, mientras sus pobres personas delataban una sociedad bien dura de corazón y bien pervertida de gusto. Melchor, que soñaba con otro mundo más perfecto, y ardía por unirse á los ejércitos revolucionarios, donde imaginaba en su fe hallarse los remedios á tantos males, sintió uno de los mayores impulsos contra el orden aquel de cosas á la vista del triste sér, cuya presencia y cuyos gestos demostraban á una los vicios de aquel régimen feudal y la tiranía de los infames señores. Y aún se indignó más, y crecieron sus deseos de cambiar el violín por el mosquete, cuando vió pasar al conde y al elector y á su comitiva para divertirse y gozarse á una en dar carne chorreante de sangre á las fieras, y puntapiés cargados de ignominia y desprecio á los bufones.

—¡Melchor!—gritó el conde, al llegar Melchor á estas reflexiones.

—¡Señor!—respondió el músico, tocando con la cabeza en el suelo, para reverenciar con el ademán al hombre á quien aborrecía con el corazón.

—Toca cualquier alegre tocata.

—Será el conde obedecido, como siempre, —dijo Melchor, tornando á inclinar la cabeza, y erguir la conciencia delante de aquel hombre.

—¿Para qué aquella cuerda?—preguntó el elector al dueño del castillo, señalando una maroma que, desde la reja de una torre á la reja de otra torre cercana se tendía muy tirante, desde vertiginosísima altura de unos ciento cincuenta piés.

—Pues, esa cuerda es... Ahora lo verás, primo mío, en cuanto bajen las señoras.

—No conozco palacio tan divertido como tu palacio,—dijo el elector.

—Ni corazón tan desgarrado como mi corazón,—pensó para sus adentros el conde, á quien había rendido con una de esas fugaces emociones, que creía en su delirio amor la hermosa labriega, novia de Santiaguillo el posadero.

En esto bajaron las damas acompañando á la condesa y se reunieron todas en estrado, cubierto de tapices y ceñido de flores, á la puerta del castillo y en derredor de la poderosa castellana. Mas apenas acababan de reunirse, cuando dieron un grito de horror, mientras los caballeros, colocados en gru-

pos vistosos, aquí ó allá, soltaron sonora carcajada.

—¿Qué pasa, para tal estruendo?—preguntó al conde el elector, quien algo corto de vista, no advertía lo que pasaba.

—Pues, pasa lo que verás, primo mio, mirando á la cuerda, por cuyo destino y objeto antes me preguntabas.

—Calla, un funámbulo.

—Justamente, un funámbulo que me acaba de regalar mi egregio tío el rey de Portugal.

—Indio auténtico, según eso.

—Auténtico.

—No como el pobre alemán Jorge Menestre, quien se disfraza de indio y se pone plumas pintarrachadas por cualquier tintorero germánico, para dar sus saltos en la cuerda.

—No, ese color bronceado se debe al sol, ese plumaje ha pertenecido á las aves del Ganges, y esos zarcillos pendientes de las orejas se han forjado con oro de Golconda.

—Al acabar de decir esto, se oyó un clamor nuevo de las señoras y una carcajada de los caballeros.

—¡Diantre!—dijo el elector, pasmado.

—Esa música, esa música...—gritó el

conde contrariado, porque los tocadores habían interrumpido la orquesta, por igual causa que hiciera experimentar al elector sus asombros y sus pasmos.

—Este conde tiene todos los diablos en el cuerpo,—murmuró Melchor, volviendo á comenzar la sonata.

—Se caerá desde tales alturas el cuitado,—dijo el elector.

—No lo creas, primo,—respondió el conde.

—Pues se necesita tener sangre blanca para mirar, sin asustarse, á un semejante nuestro colgado por un pié desde tales alturas.

—No tiene remedio, le dan á uno tentaciones de gritar, por lo menos, como gritan las señoras; pues si cae de tan alto se estrella por aquí abajo el infeliz contra el suelo.

—Pero, no tengas miedo, no se caerá.

—Primo mio, ese hombre debe tener pacto con el demonio, cuando no se cae de tales alturas y se revienta como un sapo.

—Pues no se cae, ni por ende se revienta.

—¡Ay!—gritó el elector uniendo su grito al destempladísimo de las damas, las cuales casi, casi á una se desmayan, viendo que aquel audaz funámbulo, como si tuviera

verdaderas alas, se pone de pié sobre la cuerda y despide al mismo tiempo de su corona de plumas una docena ó dos de alegres y canoros pajarillos.

—Vamos, lo dicho, tiene los diablos en el cuerpo.

—Mira,—dijo el conde al elector.

—Qué.

—¿Estás ciego, que no ves á los ciegos?

—¡Ah! Sí,—contestó el elector.

—Esto me divierte mucho,—dijo el conde.

Y efectivamente, salían de los fosos del castillo unos cerdos corriendo, los cuales eran perseguidos por unos ciegos con palos muy largos, quienes en vez de apalear á los pobres animales, se apaleaban mutuamente y sin piedad, aunque por natural equivocación, á sí mismos. Y esta barbaridad enorme hacía desternillar de risa materialmente á los espectadores, y aun á las mismas señoras, tan afectadas por los peligros del indio y tan risueñas ante aquel brutal espectáculo.

En esto vinieron los juglares, después de los ciegos. Y los juglares iniciaron toda clase de raros ejercicios. Ya corrieron á porfia en busca de un premio que, al término de la

carrera estaba como meta. Ya montaron una cucaña cubierta de resina y jabón, por la cual se resbalaban y caían con grande facilidad, dando testarazos en el suelo. Ya se dividían, ¡legión tristísima! en dos mitades iguales, de las que una cantaba canciones satíricas, y otra danzaba danzas diabólicas. Ya echaban cuchillos al aire y los recogían en las manos con grandísima destreza, entre los aplausos y vítores de la noble y alegre concurrencia, cada vez más asombrada y atónita de los varios festejos apercebidos por el noble castellano, para su diversión y esparcimiento.

Concluidos los juegos, en que los demás regocijaban á los señores del castillo y á sus huéspedes, comenzaron los juegos en que los señores del castillo y los huéspedes tomaban activa parte á porfia. Expresadas las convenientes señales por el señorial de la corte, parecían los espectadores dados á contemplar los ajenos ejercicios en contemplación extática verdaderos actores. Los más mozos descinéronse de cuantos arreos pudieran molestarles, y dejando en manos de sus pajes y escuderos armas y mantos, comenzaron, ligeros como el aire, á jugar con empeño á la pelota, excitados cual si estu-

vieran batallando en público torneo, por la voluptuosa y alegre sonrisa de las bellas damas, quienes ocupaban galerías semejantes á nuestros modernos palcos, en espaciosos anfiteatros. Los más maduros y menos ágiles daban de mano al juego de pelota, por sobrado trabajoso, y se ponían al juego del billar, no en mesas como ahora ni con bolillas, sino en tierra bruñida para este intento, y con bolas gruesas y grandes palitroques. Los de inclinaciones guerreras erguíanse frente al blanco, en espacio cerrado al intento, y tiraban al arco y al arcabuz. Corrian los jinetes en desalada carrera y entreteníanse los pajes en cruzar alfileres con los dedos y uñas. Las damas que no tenían afición á presenciar los juegos de pelota, danzaban al són de la orquesta dirigida por Melchor, con los galanes más voluptuosos y rendidos, ora en bailes bajos, así llamados por lo graves y ceremoniosísimos, ora en bailes altos, llamados á su vez así por lo activos y por lo alegres. Estas danzas contaban todas con muchos apasionados y servían de razón, no sólo para que pudiesen hablar entre sí los jóvenes de ambos sexos, sino hasta para que pudiesen abrazarse, pues un abrazo y hasta

un beso, eran muchas veces el premio y término de tan gentiles ejercicios. Otros grupos, amigos de diversiones más ruidosas, disfrazábanse de pronto, y salían á embromar, bajo su disfraz, con bromas y dichos más ó menos alegres á cuantos hallaban al paso, en algazara sin término. Los más inclinados al reposo asentábanse tranquilos en anchos taburetes y se ponían á jugar á los dados, á las damas, al ajedrez, y otros divertimientos análogos. No necesitamos decir que optaría el elector por este juego, propio de sus años, sin que le tentasen los gritos de aquella muchedumbre aristocrática, los rumores que levantaba el juego de pelota, el ruido que promovían las bolas de los billares, el resuello de los que se desalaban á caballo, el silbido de las flechas, el balanceo de las danzas, el estridor de los enmascarados, las blasfemias y juramentos de los que perdían á las cartas, los arcabuzazos de los tiradores que atronaban los oídos y hacían como estremecerse y sacudirse á los aires y á los suelos, poblados por tantos y tan varios y tan alegres festejos.

—¡Cuánto gustáis del ajedrez!—dijo al elector el conde, viéndole absorto en mo-

ver, frente á otro viejo noble, alfiles, torres y reyes.

—Confieso que me place por extremo.

—Antiguo juego.

—Como que nuestras historias lo creen proviniente de Asiria.

—Y aún aseguran que los astrólogos caldeos hacían con las piezas de ajedrez combinaciones análogas á la providencial agrupación de los astros en el inmenso cielo y en las varias costelaciones.

—Pues nuestros caballeros de Europa hánle conservado afición igual á la que tenían por él aquellos magos del Asia.

—Mi padre muy aficionado á cuentos, referíame, cuando yo era muchacho, que San Luís, poco después de los desastres ocurridos en Egipto á su persona y á su ejército, prohibió toda clase de juegos.

—Y con la disciplina propia de los campamentos, conseguiríalo fácilmente.

—Lo consiguió respecto á los demás juegos, pero no respecto al ajedrez.

—¿De veras?

—Y tan de veras, que preguntando una de las noches más tristes por su hermano el de Anjou, le dijeron que se hallaba jugando al ajedrez con su primo el de Nemours, y se

levantó y se fué á la tienda donde los dos jugadores batallaban, y arrojó al mar tablero y piezas con tal furor, á pesar de su natural bondad, que por poco arroja después de las chucherías á los príncipes también.

—Pues el rey San Luís era muy aficionado al ajedrez, y cuando yo estuve allá en París, mostráronme un juego suyo, que aún se conserva hoy en el tesoro de los reyes franceses, juego regalado por un príncipe oriental, y cuya tabla es de cristal de roca, y cuyas piezas de oro macizo cuajadas todas con tan rica pedrería que valen un imperio.

—Vamos, que con la conversación no atiende al juego y me distrae á mí, —dijo al charlatan elector su pareja de ajedrez; y el charlatan elector, como estaba en vena de conversación, preguntó al conde:

—¿Y tú no juegas? primo mío.

—Voy á jugar á los dados.

—Recréate tú mismo en algo ya que tantos recreos á los demás procuras con tu brillante hospitalidad.

—Los dados me placen, porque combino sus salidas con azares de mi propia suerte y con azares de mi propia vida.

—Parece imposible que tengas tales supersticiones.

—Pues las tengo.

—Que no te salgan mal tus ensayos.

—No está en los juegos de los dados, ni en los esfuerzos de la voluntad el destino, está en las combinaciones de los astros y en la voluntad del Eterno.

—Fatalista estás.

—A mí, jugadores de dados,—gritó el conde, y al momento se agruparon con diligencia en torno suyo varios mancebos alegres. Y con la misma diligencia que se agruparon se pusieron á sonar los dados en cubiletillos y echarlos á rodar sobre la mesa. En cuanto salieron los primeros, el señor de la comarca retrocedió, y se llevó á la frente sus dos manos como si quisiera desvanecer y ahuyentar terrible pesadilla.

—¡Oh!—exclamó contando los puntos negros en el blanco marfil con extremado anhelo.

—¿Os sentís mal?—preguntaron á una los jugadores al conde, viéndole tan demudado y pálido.

—Cinco y siete, ¡oh! siete y una ¡terrible combinación!

—Vamos, continuemos el juego, y volvieron los jugadores á lanzar los dados sobre la mesa, y el conde á perder y á sentir

la pérdida, no por el dinero que debía dar á sus huéspedes y á los señores comarcanos idos allí al husmeo de las fiestas, sino por el funestísimo presagio que para él y los suyos encerraban las casuales combinaciones de los negros puntos. Sobre todo, una idea embargaba sus sentidos, la idea de arrebatarse Catalina, la pobre labriega, prontamente al posadero Santiaguillo, recogiendo la cosecha de sus primeras caricias y deshojando la flor de su casta virginidad. Como tal pensamiento y tal propósito le tuvieron sorbido el seso, no pensaba en ninguna otra cosa, y se consumía en los ardores de su impaciencia. Si los tiempos fueran otros, el conde no se parara por ningún motivo ante ningún obstáculo; primero, porque así lo exigía su natural imperioso, y después porque juzgaba tener derecho al primer amor de todas las comarcanas y á su primer noche de novios, según las fazañas y albedríos de su clase, como le llamábamos á las facultades y privilegios de los nobles en el antiguo lenguaje de Castilla. Pero la guerra de los campesinos había puesto en tela de juicio muchos antiguos derechos aún más admitidos que aquel incierto, invocado por Heffelstein, para coonestar su voluptuosidad ó satisfacer sus ape-